

Capítulo 1: Luz

La radiante luz del sol atravesaba los ventanales de la alcoba creando una atmósfera engañosamente cálida, a pesar de estar al comienzo de la estación fría. Un suave sonido fluía en el ambiente, llegando hasta los oídos de Thiristel y mezclándose con sus sueños. Al principio, aún entre sueños, sólo percibía un murmullo apenas apreciable, pero poco a poco su mente fue despejándose y empezó a distinguir cierto ritmo melódico producido por una voz que le era muy familiar. Se trataba de Ninimmel Gennedis Cellin, su doncella, su amiga. Cada mañana, la mujer iniciaba su jornada poniendo orden en la estancia y siempre acompañaba sus tareas con dulces melodías que ella misma componía.

La presencia de Ninimmel en la alcoba hizo que Thiristel comprendiera que hacía varias horas que el sol había salido. De forma instintiva deslizó su mano sobre la suave seda que cubría la cama, palpando en busca de algo al otro lado del lecho. No encontró nada. Tal y como había imaginado, Galion no se encontraba allí. Sintió una punzada de culpabilidad pensando que ella tampoco debería dormir hasta tan tarde en un momento tan crítico. Como miembros del Consejo Élfico, su esposo y ella se debían a su pueblo, así lo habían jurado cuando fueron nombrados hacía ya tres siglos. Por aquel entonces las fuerzas de sus enemigos acababan de ser drásticamente mermadas gracias a la ayuda prestada por los humanos, que consiguieron llevar a cabo con éxito el sellado de la máxima autoridad de los sombríos¹. Pero con el tiempo, la raza de elfos de la oscuridad había vuelto a adquirir grandes poderes que los convertía de nuevo en una amenaza. Ahora, en plena guerra contra los sombríos, el deber de Thiristel era estar junto a su esposo y los demás consejeros ayudando con las estrategias que luego seguirían en el campo de batalla, llevando un registro constante del material tanto médico como mágico, atendiendo a los enfermos y los heridos, etc.

Sin embargo, hacía casi dos años que su situación había cambiado. Ser bendecida con el poder de la vida que otorgaba Einhasad no era algo que ocurriera con frecuencia en las mujeres elfas. Para ellas traer un nuevo ser al mundo era un proceso largo y muy complicado, especialmente durante el primer año. La criatura podía no llegar a buen término si la futura madre no llevaba una vida tranquila durante la gestación. A pesar de saber esto, Thiristel no podía evitar sentirse nerviosa al pensar que el día del nacimiento estaba cerca. No sabía cuando iba a ocurrir ni si estaría preparada cuando llegara el momento. Pasaba los días rogando a Eva para que su bebe naciera sano e implorando que le concediera la sabiduría necesaria para ser una buena madre.

Perdida en sus pensamientos, trató de cambiar de postura, buscando inconscientemente la manera de protegerse de aquella luz tan brillante que inundaba la estancia y comenzaba a cegarla. En ese mismo momento su mente se detuvo, reteniendo sólo un repentino pensamiento: ¿de donde procedía toda aquella luz capaz de afectar tanto a su vista? Ni siquiera recordaba haber abierto los ojos. Antes de que pudiera pensar en una respuesta lógica, la luz se desvaneció gradualmente, dando paso a un escenario completamente diferente aunque tan familiar para ella como su propia alcoba. Se encontraba en Caras Erinlîn², su ciudad natal situada a corta distancia del palacete en el que vivía. Frente a ella, el último tramo del camino que conducía al Jardín del Árbol

¹ Los elfos de la luz usan el término “sombríos” como un apelativo algo despectivo hacia los elfos de la oscuridad. De la misma manera, estos últimos usan la palabra “pálidos” para referirse a los elfos de la luz.

² Caras Erinlîn significa “la Ciudad sobre el Lago”, también conocida como Aldea Élfica.

Madre, con aquel grandioso árbol situado en el centro. Un árbol que suponía mucho más que un símbolo para los elfos de la luz: el Árbol Madre era su fuente de vida. Pero, ¿cómo había llegado ella hasta allí?

Delante de ella, como salida de la nada, apareció una niña muy pequeña. Apenas medía tres pies de altura por lo que la consejera calculó que la elfina no podía tener más de un siglo³. Sus ojos, de un azul claro tan hermoso que haría palidecer al agua más pura de los Jardines de Eva, y el brillo dorado de sus cabellos, le recordaban a su esposo cuando no era más que un chiquillo, a pesar de que las facciones de la pequeña eran más suaves y delicadas. Thiristel, a pesar de no comprender lo que estaba ocurriendo, en seguida se vio contagiada con la sonrisa tan amplia y alegre que lucía niña. Luego levantó la mirada buscando a su alrededor. Los padres de una niña tan pequeña no debían estar muy lejos, no obstante, no pudo ver a nadie más que a los centinelas que estaban a su espalda, en el otro extremo del puente. Cuando volvió la vista al frente, la pequeña ya no estaba allí, había desaparecido sin dejar rastro.

Una breve carcajada le hizo centrar su atención en el Jardín del Árbol Madre. Allí, otra niña correteaba y reía mientras chapoteaba junto al Árbol Madre, formando una gran algarabía. ¿Cómo no la había visto hasta ahora? Era visiblemente mayor que la chiquilla que acababa de desaparecer, pero sus características eran tan similares que parecían hermanas. Tener más de un descendiente no era lo más común entre los elfos y las familias que disfrutaban de esta bendición en seguida se hacían populares en todo el territorio, por lo que le resultaba extraño no conocer este caso.

En su juego, la niña comenzó a rodear el gigantesco árbol que presidía el jardín hasta que Thiristel ya no pudo verla. Permaneció unos segundos observando mientras esperaba que la pequeña acabara de rodear el Árbol, pero la niña que apareció al otro lado no era la misma. A diferencia de la anterior, que aparentaba tener poco más de dos siglos dada su estatura, la chica que continuaba jugando junto al Árbol podía tener casi cuatro siglos⁴. Pero eran tan parecidas que, si no fuera imposible, hubiera dicho que las tres niñas eran la misma persona.

Mientras seguía observando como jugaba aquella pequeña desconocida, sintió ganas de reírse de sí misma por haber tenido una ocurrencia tan absurda. Seguro que simplemente se trataba de tres pequeñas amigas, sin ninguna otra relación entre ellas más que la amistad, jugando a esconderse en el jardín. Después de todo, las razas de elfos no se caracterizan por tener una amplia variabilidad de rasgos. En cuanto a cómo había llegado hasta el Jardín del Árbol Madre... Bueno, lo cierto era que últimamente había estado muy distraída. Se sentía tan preocupada que, cuando no estaba orando, pasaba el tiempo pensando en los problemas y en cómo solucionarlos desde sus circunstancias actuales. En ocasiones permanecía horas sumida en sus propias reflexiones, totalmente absorta, hasta el punto de no darse cuenta de lo que hacía. Ser miembro del consejo cuando su pueblo se encontraba en plena guerra no era una tarea fácil, y la tensión que esto podía llegar provocar, junto a las preocupaciones del embarazo, acabarían haciéndole perder la cabeza.

Con un profundo suspiro de resignación, emprendió el camino de vuelta al palacio, pero se detuvo al notar que algo había cambiado. La niña había abandonado su juego súbitamente y había comenzado a caminar muy despacio hacia ella. Thiristel no podía creer lo que estaba viendo: la niña se hacía mayor con cada paso que daba, hasta el

³ El crecimiento de los elfos es extremadamente lento, por lo que el desarrollo de un elfo de la luz de un siglo es equivalente al de un niño humano de poco más de tres años.

⁴ El desarrollo de un elfo de la luz de dos siglos es equivalente al de un niño humano de poco más de seis años y medio, y el de un elfo de la luz de cuatro siglos al de un humano de poco más de trece años.

punto de convertirse en toda una mujer en cuestión de unos pocos segundos. La muchacha en la que se había convertido aquella niña se detuvo al comienzo del puente en el que se encontraba Thiristel, el camino que conectaba el Jardín del Árbol Madre con Caras Erinlín. En el rostro de la joven permanecía la sonrisa traviesa que antes había visto en la niña, pero ahora, oculta tras esa sonrisa, le parecía intuir la sombra de un sentimiento que no podía identificar con seguridad. Podía ser tristeza, pero también preocupación, o quizás... ¿culpabilidad?

El estado de desconcierto en el que Thiristel se encontraba después de presenciar tal metamorfosis casi le impidió percibir el sutil cambio que había sufrido el jardín. Cuando finalmente lo advirtió, fijó su mirada en el Árbol Madre. Sin duda el gran Árbol se veía distinto, pero después de examinarlo durante un par de minutos no fue capaz de decir porqué. No comprendía nada. Se planteó la idea de acercarse a la muchacha para intentar averiguar lo que estaba ocurriendo, pero cuando bajó la mirada le dio un vuelco el corazón: una “sombria” había logrado acceder al Jardín del Árbol Madre y se encontraba a pocos pasos de la joven.

No podía entender cómo la elfa oscura había logrado burlar a los centinelas y atravesar el escudo mágico que protegía la ciudad. Pero en ese instante su máxima prioridad era contener al enemigo para prevenir el ataque, por lo que siguiendo el impulso que le daba la experiencia de haber sobrevivido a tantas batallas, se dirigió lo más deprisa que pudo hacia su rival mientras concentraba su energía mágica. Se encontraba a tan sólo unos pasos de su objetivo, lista para lanzar su hechizo, cuando una repentina corazonada le hizo detener el ataque. Los sombríos que había visto en toda su vida, desde que podía recordar, se contaban por miles, y todos y cada uno de ellos le habían inspirado miedo e incluso odio. Pero aquella elfa de la oscuridad que se encontraba frente a ella tenía algo diferente. Su apariencia no era muy distinta a la de sus compatriotas, de hecho, vestía una indecorosa túnica verde con un estilo similar a las que solían llevar los magos oscuros, sin embargo desprendía un aura de paz y cordialidad como no había percibido antes en un sombrío. Desde el primer momento la elfa de la oscuridad no había hecho otra cosas que sonreír a la muchacha que estaba junto a ella, pero no era una sonrisa maliciosa, sino cálida y honesta. Una sonrisa que fue correspondida por la joven elfa de la luz. Thiristel jamás había imaginado que llegaría un día en el que vería a un elfo de la luz y un elfo de la oscuridad sonreírse mutuamente.

Ninguna se movió del lugar en el que se habían detenido, pero la consejera se mantuvo alerta mientras continuaba estudiando a la intrusa. Con su cabello oscuro y la piel ceniza ligeramente azulada, característica de su raza, la elfa oscura no podría pasar inadvertida si lograba adentrarse en la ciudad, pero lo que llamó la atención de Thiristel fue la insignia que llevaba prendida de la túnica. Tenía la forma de un escudo de color negro y plata, rodeado por una corona de laurel dorada, y en cuyo interior estaban representados un par de dagas y un anillo. Nunca había visto un emblema como aquel, ¿a qué tipo de grupo pertenecería la sombria? ¿Cuáles serían sus intenciones?

Sin previo aviso la invasora se desvaneció. Y no solo ella, también el jardín, el puente, la ciudad del lago e incluso el Bosque Élfico completo; absolutamente todo a su alrededor había desaparecido para dar paso a un pequeño poblado amurallado de planta cuadrada, compuesto por un buen número de viviendas y un templo construidos con piedra y madera. Por la arquitectura de los edificios era fácil suponer que se trataba de una aldea humana, a pesar de ser un lugar desconocido para ella. Poco después, todo volvió a cambiar. De nuevo se encontraba en un pueblo humano, pero con una disposición totalmente distinta y un suelo llano empedrado. En esta ocasión sabía exactamente dónde estaba, era la ciudad de Gludio. Parecía algo diferente a la ciudad

que ella había visitado en una ocasión, pero recordaba perfectamente la ligera pendiente que subía hacia la salida norte y la escalera que llevaba al templo de Einhasad, situado junto a esa misma salida.

Aun con la muchacha sonriendo frente a ella, Thiristel veía como todo entorno a ellas volvía a cambiar una y otra vez, lo que le hizo sentirse tan rápida como el viento viajando de un lugar a otro. Logró identificar algunos emplazamientos, como las ciudades Dion, Giran o Aden, pero también pudo ver muchos otros lugares que no conocía. En todo caso, dejó de prestar atención al paisaje cuando advirtió la presencia de la elfa de la oscuridad de nuevo junto a la muchacha. Pero no fue la única en hacer acto de presencia. Una gran multitud de personas comenzó a aparecer, una a una, detrás de la chica y la elfa oscura. En un principio la consejera se sintió muy incómoda con la presencia de una buena cantidad de sombríos, pero se serenó al ver a algunos elfos de la luz. También pudo ver a varios humanos, un grupo de enanos y hasta algún que otro orco. Había representantes de todas las razas y la mayor parte de ellos llevaba prendida de sus ropajes la misma insignia que había visto en la túnica de la elfa oscura.

En aquel preciso instante reparó en que su joven compatriota también portaba aquel distintivo. Observó que también su actitud había cambiado. Estaba segura de haber visto una lágrima resbalar por la mejilla de la chica cuando esta bajó su mirada. En el suelo, a los pies de la muchacha, había una persona. Por alguna extraña razón, a la consejera experta en asuntos médicos, le resultó imposible sacar alguna conclusión sobre la raza, el sexo o la edad de aquella figura, sin embargo, sabía con toda certeza que se trataba de un cuerpo sin vida.

Todo aquello era un sinsentido, y Thiristel ya comenzaba a cansarse. No era sólo la frustración de no comprender nada, sino que además el entorno seguía cambiando cada vez más rápidamente y esto le estaba haciendo sentir mareos y náuseas. Como si todo esto no fuera suficiente, allí estaba de nuevo aquella luz, haciéndose más y más fuerte, hasta el punto en el que ya no pudo ver absolutamente nada. Y, de repente, todo se hizo oscuridad.

La mujer permaneció inmóvil. Le tranquilizó volver a escuchar la voz de Ninimmel, que continuaba con su suave tarareo. Se preguntó en qué momento había dejado de oírla; quizás todo había sido solo un sueño. Abrió los ojos sin dejar de pensar en todo lo que había visto. Intentaba buscar el significado cuando sintió que algo estaba cambiando en su cuerpo. Justo entonces comprendió sin duda alguna cual había sido la causa de aquella extraña visión: acababa de experimentar lo que se conocía como “premonición materna”. Ya había oído las historias que contaban otras madres al respecto. No era un fenómeno extraño entre las razas de elfos, pero no todas las madres pasaban por ello y tampoco se manifestaba siempre de la misma manera o en un momento concreto de la maternidad.

Conocer cual era la causa no hacía que aquellas imágenes cobraran sentido, pero al menos ahora podía estar segura de algo: iba a tener una hija que crecería sana y fuerte; eso era todo lo que le importaba por el momento. Cuando comenzó a sentir la humedad se incorporó con cuidado y, con una serenidad que no había sentido desde que hacía mucho tiempo, llamó a su doncella:

-Por favor, Ninimmel, ¿podrías ir a buscar a Galion? -y con una sonrisa añadió:- Nuestra pequeña ya siente deseos de conocer este mundo.

Los impacientes pasos de Galion resonaban a través del atrio. Caminaba frente a su alcoba, de un lado a otro del corredor que unía la estancia con las galerías que rodeaban el patio, esperando recibir alguna noticia del otro lado de la puerta.

Desde hacía un tiempo sabía que el día del nacimiento estaba cerca, pero al despertar aquella mañana, nada presagiaba que este iba a ser uno de los días más felices de su vida. Había estado pensando en una nueva estrategia de defensa cuando Ninimmel irrumpió en su estudio sin llamar a la puerta. Aquella estrepitosa entrada le había hecho perder la concentración, por lo que estuvo a punto de regañar a la mujer. Pero la doncella de su esposa, que parecía bastante agitada, le espetó la noticia. En aquel instante, los planes, las tácticas y todos sus pensamientos se borraron de su mente, quedando totalmente en blanco. Por unos segundos permaneció inmóvil, sin pestañear, con la voz de Ninimmel aun resonando en su cabeza, hasta que por fin su lógica mente de estrategia tomó el control. Ordenó a la doncella que preparara todo lo necesario mientras él mandaba a llamar a Asterios, el viejo jerarca experto en magia y medicina, y la única persona que superaba los conocimientos de Thiristel en estas materias. También había ordenado avisar a su buen amigo Míriedir, que había sido padre poco antes y tal vez podría brindarle algún consejo, además de su compañía. Pero para su disgusto, Galion comprendió que en este punto ya no había nada más que él pudiera hacer, salvo esperar a que Asterios o Ninimmel salieran de la alcoba para informarle de cómo había ido el alumbramiento.

-¿Quieres para de una vez?! -dijo Míriedir tratando de parecer exasperado por los paseos del consejero, pero no pudo evitar que se le escapara una pequeña risa.

Galion se detuvo mirando fijamente a su amigo, que se encontraba a pocos pasos, sentado sobre uno de los bancos que había junto a la puerta.

-¿Puedo saber qué es lo que te hace tanta gracia? -replicó Galion algo crispado.

-Tú -respondió el mago con una gran sonrisa, y antes de que a su viejo amigo le diera tiempo a quejarse, le explicó:- Mira, nos conocemos desde éramos solo unos niños y ahora también somos compañeros en el campo de batalla. En todo este tiempo te he visto tomar las decisiones más duras sin titubear, dar las órdenes más difíciles sin que te temblara la voz y enfrentarte a los enemigos más temibles sin vacilar. Tienes que admitir que no todos los días se puede ver en tal estado de ansiedad a “tan gran guerrero y sabio consejero” -realizó estas últimas palabras a modo de burla.

La certeza en las palabras de su amigo abatió la irritación de Galion, que se sentó pensativo en otro banco situado frente al del mago.

-Supongo que tienes razón -tras un breve silencio continuó:- Es la primera vez en mi vida que siento tanta alegría y al mismo tiempo, un miedo tan grande...

-Bienvenido a la paternidad, amigo -interrumpió Míriedir-. No te preocupes, con el tiempo te acostumbrarás a sentirte así. Pero dime, ¿sabes ya qué nombre vas a darle?

-A decir verdad, por más que lo he pensado no consigo dar con un buen nombre. Además, acabo de descubrir que va a ser una niña... ¿te imaginas que sea tan hermosa como su madre? Tengo que encontrar el nombre adecuado...

Míriedir volvió a sonreír ante la ensoñación de su amigo. Lo cierto era que Thiristel bien podía ser la mujer más bella de toda la región, aunque para él no había nadie como Ninimmel.

-Tranquilo, no serías el primer padre que llega al nacimiento de su retoño sin un nombre decidido -dijo el mago, y a continuación bajó la mirada. A sus pies una niña muy pequeña, un bebé de apenas medio siglo⁵, jugaba sentada sobre una manta en el suelo del corredor-. Estoy seguro de que cuando la veas por primera vez sabrás cual es

⁵ El desarrollo de un elfo de luz de medio siglo es equivalente al de un bebé humano de dieciocho meses.

el nombre apropiado, -y dirigiéndose a la pequeña que le estaba mirando en aquel momento, añadió:- ¿verdad, Nemiril?

La atención de su padre hizo que la niña riera con una graciosa carcajada. Galion disfrutaba viendo a su mejor amigo ejercer de padre. Sentía envidia y admiración hacia el mago desde que nació la pequeña Nemiril, y ahora él también iba a poder disfrutar aquella experiencia.

-Ninimmel y tú sois unos padres estupendos. Ruego a Eva que nos guíe a Thiristel y a mí para llegar a ser tan buenos como vosotros -comentó el consejero.

-Ni lo sueñes, amigo. No voy a dejar que me ganes en esta “competición” -dijo Míriedir en tono presuntuoso, siempre dispuesto a arrancar una sonrisa al serio rostro de su amigo. Después de todo, la competencia sana entre ambos era algo que había marcado su amistad y les había unido-. Bromas aparte, no tengo la menor duda de que seréis unos padres maravillosos.

Los dos hombres se sonrieron el uno al otro y permanecieron en silencio. Al cabo de unos segundos, Galion se decidió por fin a romper el mutismo y confesarle a su amigo su mayor preocupación:

-No sé qué clase de padre voy a ser, pero si hay algo de lo que estoy seguro es de que no voy a permitir que nadie le haga daño. No quiero que nuestras hijas pasen por todo lo que nosotros hemos tenido que pasar. Esta maldita guerra ha durado tanto que ya no tiene sentido, si es que alguna vez lo tuvo. Te juro que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para acabar con esta lucha... de un modo u otro.

Míriedir no hizo ningún comentario. Sabía cómo debía sentirse su amigo porque él sentía lo mismo, pero por otro lado, acabar con un conflicto que había separado a ambos pueblos durante más de un milenio le parecía una meta imposible de alcanzar.

-Mi pequeña no crecerá blandiendo una espada para proteger su vida -continuó Galion, que parecía estar convenciéndose a sí mismo.

En ese instante, como si fuera una respuesta al comentario de Galion, alcanzaron a oír el agudo llanto de la recién nacida. Aquel sonido pareció disparar un resorte en el consejero que, con una sonrisa tan grande que no le cabía en la cara, se levantó inmediatamente y se dirigió a la puerta de la alcoba. Estuvo a punto de abrirla, pero logró contenerse: el jerarca era un hombre comprensivo, pero también podía ser severo si se le molestaba mientras hacía su trabajo. Finalmente, después de unos minutos que le parecieron una eternidad, la puerta se abrió. Al otro lado de umbral se encontraba Asterios, que sonriéndole se hizo a un lado para dejarle paso.

-¡Enhorabuena, hijo! Es una niña sana y hermosa -le felicitó el anciano, dándole una suave palmada en el hombro al reciente padre cuando este pasó por su lado.

Galion apenas fue consciente de la presencia de Asterios y Ninimmel en la estancia. Sólo quería ver como se encontraba su esposa y conocer por fin a su hija. Se acercó al lecho y besó a su esposa, que se veía agotada pero feliz. La emoción de ver a madre e hija juntas le había dejado sin palabras.

-Amor mío, ¿no es lo más bonito que hayas visto? -dijo Thiristel tendiéndole el bebé a su esposito.

El inexperto padre tomó a la pequeña con mucha delicadeza, pues temía hacerle algún daño, y la miró fascinado. Observó con detalle su carita regordeta, con los ojos claros apenas abiertos debido a la hinchazón y las orejas aun arrugadas, sus bracitos acabados en unos pequeños puños fuertemente cerrados, y la pálida y suave piel de bebé. La luz que entraba por los ventanales se reflejaba en aquella piel blanquecina y la hacía brillar como si la recién nacida estuviera envuelta en un divino halo luminoso.

-Hija mía... -dijo Galion- Eres una nueva luz que ilumina mi sendero, una luz que nunca dejaré que se extinga. No permitiré que nadie te haga daño, mi vida. Estoy

dispuesto a hacer lo que sea necesario para que jamás te veas obligada a luchar, te prometo que acabare con esta guerra para que puedas crecer feliz y en paz... -tal y como Míriedir había previsto, Galion había encontrado el nombre ideal, evocado por la resplandeciente visión de su hija:- Mi pequeña Galadeth⁶.

⁶ El nombre de Galadeth significa luz, resplandor o brillante.
